

CONSUELITO

Tarde piache. Desde Verola mandó un propio á Zaratán.

EL ALCALDE

Sí, hombre... Hace dos años, se confesó también con Maroto. Por cierto que dijimos: «Ya no volverá á las andadas». Pero al poco tiempo... ¡trómpolis! Lo que hacen éstas: vaciar de pecados viejos la conciencia, para hacer hueco, y poder ir estivando los pecados nuevos.

EL CURA, desconcertado.

Pero entendámonos: ¿mandó aviso á Maroto anunciándole que ella iría á Zaratán, ó le suplicaba que fuese él á Verola?

CONSUELITO

La carta no lo puntualiza. Está escrito en una postdata, momentos antes de salir el peatón.

EL ALCALDE

Bueno; y después de todo, ¿qué nos importa? La especie de la confesión apenas vale un cuarto de kilo de dulce.

EL CURA, cejijunto.

Sí vale, sí... En fin, Vicenta, hágame el favor de decir á la Condesa...

LA ALCALDESA

Al momento voy. (Entra en la casa.)

EL ALCALDE, oyendo la campana que anuncia entrada de visitante por la puerta principal del jardín, al lado opuesto de la casa.

¿Quién entra?

SENÉN, que ha corrido á enterarse.

¡D. José, D. José!...

EL ALCALDE

¿Quién es?

SENÉN

El Prior de Zaratán.

EL ALCALDE

Que pase á la sala... ¡Y me coge en zapatillas!...

EL CURA, de mal talante.

Yo le recibiré.

Momentos de confusión. El padre Maroto y el cogulla que le acompaña son recibidos por D. Carmelo. Preséntase luego el Alcalde; baja la Alcaldesa; median las cortesías usuales. Sube el Prior á la estancia de la Condesa. Sale nuevamente al jardín los demás personajes, entre ellos el monje, á quien anuncia Monedero que el señor Prior y la compañía comerán en su casa. Alega D. Carmelo mejor derecho y significación, que los Monederos reconocen. Después, Consuelito entretiene con ameno coloquio al monje.

LA ALCALDESA

Yo espero que después de la confesión recibirá á los amigos.

EL CURA, displicente.

¡Y si no los recibe, qué le hemos de hacer...! Yo predico esta noche. Comenzamos la novena de la Esperanza, y entre repasar el sermón y vestir un poquito la iglesia, se me va el día... Me parece que no podré volver.

EL ALCALDE

¿Y las niñas?

LA ALCALDESA

Nell estaba con su mamá... ¿Pero no sabes?... Dolly se ha vuelto á la Pardina, sin decirnos nada. La Condesa me encarga que la mande venir inmediatamente. Quiere que las dos estén á su lado.

EL ALCALDE

Lo que digo: es loca esa chicuela. Anda, Senén; vete á la Pardina, y te la traes. Dile que lo manda su mamá, y que también lo mando yo, el Presidente del Ayuntamiento. Ya le bajaremos los humos á esa leoncita...

La confesión dura cinco cuartos de hora, determinados reloj en mano por Consuelito y D. Carmelo. Éste se lleva á su casa á los dos frailes, que resuelven quedarse en Jerusa hasta el día siguiente, porque el Prior tiene que solventar asuntos varios en el Ayuntamiento. Alégrase de esta detención el Cura, para que puedan oír y apreciar su sermón de aquella noche dos teólogos insignes.

Vuelve Senén de la Pardina con la incumbencia de que Dolly no quiere salir de allí, y que ha hecho burla del Alcalde y de su vara, lo que saca de quicio á Monedero. Le calma su esposa con el razonamiento de que es muy

natural que la chiquilla desee comer con su abuelo por última vez. Transige D. José María, asegurando que á la tarde, ó viene la fiarecilla, ó va él á buscarla con la Guardia civil. Senén, que no se da por vencido con los repetidos desaires de la Condesa, se va á su casa, prometiendo volver al plantón á primera hora de la tarde. Es de los que se imponen por el terror.

Á la una comen los Monederos con Nell y Consuelito. Á Lucrecia se le sirve en su cuarto. Dan las dos, las tres...

ESCENA V

Sala baja en casa del Alcalde.

LA ALCALDESA; EL CONDE, que acaba de entrar; después NELL.

LA ALCALDESA, aturdida.

Ya me figuro, señor Conde de Albrit, á qué debo el honor de verle en mi casa.

EL CONDE

Deseo hablar con Lucrecia. Y no sé con qué palabras solicitar de usted la benevolencia que necesito por esta libertad, por esta osadía de mal gusto con que llegó á su casa.

LA ALCALDESA

¡Oh, señor Conde...!

EL CONDE

Es que su esposo de usted y yo no hacemos buenas migas. Anoche hemos cruzado algunas palabras un tanto mordaces... Si el Sr. Mone-

dero me arroja de su casa, lo llevaré con paciencia... (La Alcaldesa, sin saber qué decir, hace con ojos y boca diferentes muecas y monerías.) Ya no me importa. En el conflicto en que me veo, la dignidad, ¿qué digo dignidad? la vergüenza, no significa nada para mí. Voy derecho á mi objeto con cara insensible, y mi objeto es...

LA ALCALDESA, recobrando su aplomo.
Ver á Lucrecia, sí.

EL CONDE

Y me atrevo á rogar á usted que haga comprender á su amiga que sólo me mueve á molestarla la necesidad imprescindible de tratar con ella, sin recriminaciones, un grave asunto de familia.

LA ALCALDESA

Yo se lo diré. No dude usted que hablaré á mi amiga con vivo interés.

EL CONDE

Gracias, millones de gracias, señora mía. Carmelo quedó en proporcionarme la entrevista; mas sin duda sus ocupaciones se lo han impedido. Cansado de esperarle, deshecho, ardiendo en impaciencia, no he podido refrenar mi temperamento ejecutivo, y arrojando el disgusto del señor Alcalde, aquí me tiene usted...

LA ALCALDESA, decidida á emplear un lenguaje extremadamente fino.

Abrigo la esperanza de ser afortunada en la misión que usted me confía. Pero no puedo evi-

tar al señor Conde la molestia de esperar un ratito, porque Lucrecia, que ha venido malísima, en un estado nervioso imposible, ¡ay qué pena! ha podido al fin conciliar el sueño. La verdad, no me atrevo á despertarla.

EL CONDE, alardeando de paciencia.

Aguardaré todo lo que usted quiera: tres días con sus noches, si fuere preciso. Para mí no es molestia esperar. Si para usted no lo es tener á este pobre viejo en su casa, aquí me estoy, sentadito, hasta que mi ilustre nuera se digne mejorar de sus nervios, y acuerde recibirme.

NELL, entrando con timidez.

Abuelito, hasta ahora no me habían dicho que estabas aquí.

EL CONDE, besándola.

Hija mía, vengo á ver á tu mamá.

NELL

¡Oh, cuánto sufre la pobre! Yo te ruego que no hables con ella más que un ratito. Y si pudieras dejar la conversación para mañana, mejor.

EL CONDE

Mañana... ¡ah! estoy muy viejo. Los viejos no pueden esperar tanto.

NELL

Lo he dicho pensando que sería lo mismo para ti. (El abuelo le da suavemente en la mejilla.) Por-

que mañana no estará mamá en disposición de que nos marchemos.

EL CONDE

¿Tienes prisa?

NELL

Ninguna. Lo que tengo es una penita de dejarte... ¡qué pena! Pero yo te aseguro, te doy mi palabra, ¿me crees?... de que siempre que podamos vendremos á verte.

EL CONDE, con profunda tristeza.

¡Ojos que te vieron ir...!

LA ALCALDESA

En buena lógica, debemos suponer, y aun afirmar, que vendrán.

EL CONDE

¡Ah! Cuando os encontréis en ese mundo que ha de aprisionaros con sus mil atractivos y seducciones, no os acordaréis del viejo Albrit, á quien dejáis en Jerusa aposentado de limosna.

NELL, abrazándole.

Papaíto de mi alma, no digas que te olvidamos, porque me enfadaré contigo. Ni yo ni Dolly podemos olvidarte. Las dos te queremos lo mismo. Te escribiremos cartitas, y tú á nosotras también, pidiéndonos lo que te haga falta. ¿Qué quieres, qué deseas?

EL CONDE

Por el momento, que despierte tu mamá.

NELL

¡Si está despierta! Apenas ha dormido veinte minutos.

LA ALCALDESA

Pues voy allá, oficiando de introductora de embajadores.

EL CONDE

Si, señora, vaya usted... Se lo agradeceré toda mi vida. (Vase la Alcaldesa.)

NELL, mirando al jardín.

Desde esta mañana, tenemos aquí á ese cataplasma de Senén con la pretensión de que mamá le reciba.

EL CONDE

Por lo visto, hay cola. Senén y yo nos encontramos en igual situación de solicitantes de audiencia; pero como yo estoy en desgracia, pobre viejo que soy, y regañón insoportable; verás cómo tu madre atiende á ese lacayo antes que á mí. Tu abuelo será el último, lo verás... No me importa, no. Ya dijo nuestro Señor: «Los últimos serán los primeros». Seamos humildes, aunque, la verdad, se necesita gran violencia y abnegación grande para ponerse en fila detrás de Senén. (Vuelve la Alcaldesa, y suplica al Conde que aguarde un ratito; pues antes recibirá Lucrecia á un postulante importuno.) ¿No te lo dije?

LA ALCALDESA

No: si es porque se vaya de una vez, y quítarnos de encima esa mosca.

EL CONDE

Bueno. Vaya delante la mosca. Luego pasará el moscardón... (Siente subir á Senén.) Ya sube ese hombre. Dios le dé lo que no tiene: la santa concisión.

(Asómase á la puerta el Alcalde, que, como ha vuelto á ponerse las zapatillas, puede aproximarse sin hacer ruido. Contempla con burlona sonrisa al Conde.)

ESCENA VI

Gabinete alto en la misma casa.

LUCRECIA, recostada en un sofá con gatuna indolencia, sin corsé, suelto y en desorden el cabello. Su rostro desmejorado, y el centelleo insano de sus bellos ojos, son el rastro de la furiosa tempestad; SENÉN, que, respetuoso, permanece en la puerta.

LUCRECIA, impaciente y altanera.

Pasa y cierra... Pero no te acerques. Quédate ahí. Traerás, como siempre, tus endiablados perfumes.

SENÉN

Dispense la señora... He puesto mi ropa al aire...

LUCRECIA, desdeñosa.

No te aproximes... ¿Qué quieres? Dímelo pronto. Ya ves qué mala estoy.

SENÉN, con falsa humildad.

Ya debe suponer la señora que vengo á...

LUCRECIA

Aquello no ha podido ser.

SENÉN

Ya lo sé. Han nombrado á otro. Por eso digo que vengo á quejarme...

LUCRECIA, con acritud.

¡Á quejarte! ¿De qué? Pues eso me faltaba. ¿Crees que tengo yo en mi mano los destinos, las fianzas, y todo eso que ambicionas?

SENÉN, sacando las uñas.

La señora no ha conseguido la fianza, que era lo principal, porque no ha querido. Teniendo la fianza, la plaza es lo de menos. Ya tenemos otra vacante de agente ejecutivo.

LUCRECIA

¿Y cómo había de conseguir yo la fianza?

SENÉN, tragando saliva.

Ya, ya sé que al señorito Ricardo no podía pedírsela... No se enfade la señora: yo me pongo en lo razonable... A D. Ricardo no era posible... Pero con que la señora hubiera dicho al Duque de Utrech: «Señor Duque, quiero...»

LUCRECIA, interrumpiéndole.

¿Pero de dónde sales tú? En ese mundo de tu ambición ridícula se pierde, por lo visto, toda noción de la realidad. Está bien: yo no tengo

más que hacer que importunar á todos mis amigos, pidiendo fianzas para este gazañero.

SENÉN, escondiendo las uñas.

Sí, ya sé... la señora no puede... ¡Qué le hemos de hacer! Es difícil... y además, ¿quién soy yo para que la señora se moleste por mí? No, no lo pretendo. Los servicios que he prestado á la Condesa de Lain, mi lealtad á toda prueba, ¿qué valen?

LUCRECIA, con arrogancia.

Tus servicios bien pagados están. Ea, me canso ya de contemplaciones. Senén, no te debo nada.

SENÉN, erizando el pelo.

Bueno... sea como la señora dice. Yo me callo. Eso he hecho yo toda mi vida, callarme; y de tanto callar, me veo tan atrasado en mi carrera... de tanto callar, sí señora; y si quieren que lo pruebe, lo pruebo.

LUCRECIA

Tu silencio me importa ya tan poco, que no doy nada por él... No me tiene cuenta.

SENÉN, agachándose para dar el salto, los verdes ojuelos centelleando.

Eso quiere decir que la señora en nada estima mi fidelidad, esta fidelidad de perro, que no tiene igual... y lo pruebo.

LUCRECIA

Lo que estás probando tú es mi paciencia.

SENÉN, acobardado nuevamente, sin atreverse más que á desenvainar las uñas de sus patas delanteras.

No molesto más. Aunque la señora me da este pago, yo no le haré ningún perjuicio. Pero, en justicia, bien podría desquitarme. Como soy tan caballero, me he perjudicado por guardarle la consecuencia, por poner arrimos á su decoro; por custodiarle los secretos, por tapar la boca de todos los que hablaban de ella... lo que la señora no debiera oír... (En su cobardía, no hace más que enseñar los colmillos, y tirar levemente la zarpa.) Vamos, que ni por su madre haría ningún hombre lo que yo he hecho. De suerte que si la señora dice que no le importa...

LUCRECIA

No me importa. Vete pronto.

SENÉN

Pues bien puedo jurar que á mí me importa menos.

LUCRECIA

Bastante tiempo he sufrido á este animalucho siniestro, con sus garras clavadas en mí. Ya no más. Si no sales pronto, llamaré para que te arrojen á escobazos.

SENÉN

No alborote, no alborote, que es peor.

LUCRECIA, furiosa, tirando de la campanilla.

¿Cómo que es peor? ¡Trasto, si no te vas...! (Entran precipitadamente una criada, la Alcaldesa, después el Alcalde.)

SENÉN, turbado por la rabia.

Si no digo nada; si yo... si es que...

LUCRECIA

Por favor, arrójenme de aquí á este hombre, y á su paso vayan echando ácido fénico.

EL ALCALDE, con un castañeteo de lengua, como el que se emplea para despedir á un perro.

¡Eh... tú...!

SENÉN, al salir, todo uñas, bufando.

Ácido fénico... Por donde ella vaya... hace más falta... y lo pruebo.

ESCENA VII

LUCRECIA, EL ALCALDE, LA ALCALDESA, después
NELL

LA ALCALDESA

Hija, si llego yo á sospechar esto, cualquier día le dejo pasar.

LUCRECIA, tranquilizándose.

No; si es mejor así. Se me ha resuelto un absceso; me he sacado una muela, que me dolía horriblemente.

EL ALCALDE

Pues digo, lo que le espera á usted ahora, mi querida Lucrecia.

LA ALCALDESA

¡Ah! el león... Hija mía, no he podido evitarlo... ¿Qué había de decirle?

EL ALCALDE

Pues muy claro: que llamara á otra puerta. ¡Ah! si soy yo quien le recibe...

LUCRECIA, sorprendiendo á todos con su inesperada serenidad y alegría.

¿Queréis que os diga la verdad? Pues mi ilustre suegro, que me inspiraba un pavor horrible, ya no... Es raro... Vamos, que ya no le temo.

NELL, entrando á la carrera.

Mamita, por más que le digo al abuelo que mañana, insiste en que ha de verte hoy.

LUCRECIA

Hoy, sí...

LA ALCALDESA

¿Le digo que...?

LUCRECIA, á Nell.

Ve tú, hija, y suéltame al león. (Sale Nell gozosa, y se precipita por la escalera.)

EL ALCALDE

Nos pondremos todos en guardia detrás de esa puerta, ¡trómpolis! y en cuanto oigamos el menor rugido...

LUCRECIA, con locuacidad nerviosa.

No es necesario... ¿No me ven tan tranquila? Me siento ahora muy bien, despejada, casi alegre, y con ganas de ver á mi papá político, y de pasarle la mano por la melena... Es que mi espíritu se ha refrescado, soy otra... aire nuevo en mí. (Óyese el tardo paso de Albrit en la escalera, y la vibrante voz de Nell.) El león sube. ¡Pobre viejo!... Ya, ya está aquí... Ya llega... Déjenme sola con él.

EL ALCALDE

Por aquí. (Vanse por la puerta de la alcoba.)

ESCENA VIII

LUCRECIA, EL CONDE

EL CONDE

Siento infinito molestar á una persona que, según me dicen, no está bien de salud.

LUCRECIA, que permanece en pie.

Me siento mejor. Tome usted asiento.

EL CONDE

¿Y usted en pie?

LUCRECIA, un tanto cohibida.

Como por encanto se me ha quitado la pereza. Ya sabe usted que estos arrechuchos nerviosos... la epidemia de las señoras... de improviso nos acometen y de improviso también se nos pasan.

EL CONDE, suspicaz.

Lo celebro mucho.

LUCRECIA

Enfermamos como heridas del rayo, y basta una vibración del aire para ponernos buenas. De la espantosa crisis sólo me queda cierta alegría interna, y un deseo ardientísimo, irresistible...

EL CONDE, suspicaz.

¿Qué...?

LUCRECIA

El deseo de besarle á usted la mano... (Se arroja y le besa la mano, una y otra vez) y de pedirle perdón por las injurias que en aquel día triste le dirigí.

EL CONDE, queriendo levantarla.

Lucrecia... ¿qué es esto?... (Por un momento cree que es burla; pero no tarda en advertir la sincera emoción de la dama.)

LUCRECIA

Mi única pena es que usted sospechará quizás... que le engaño.

EL CONDE

No, no; creo que es verdad...

LUCRECIA, que se levanta, enjugando sus lágrimas.

Necesito explicar á usted cómo ha venido esta crisis... sacudimiento moral, revolución de

todo mi ser... (Se sienta. Su lenguaje es cortado, febril.) Los temblores de tierra trastornan el suelo... Una catástrofe horrible en mis sentimientos me ha trastornado á mí, me ha hecho morir y revivir en menos de dos días... ¿Es esto nuevo? Yo creo que no. Ha ocurrido mil veces... Fácilmente lo comprenderá usted... Un desengaño de los que anonadan... la perfidia de un hombre... tempestades del alma que todo lo destruyen y todo lo iluminan. Mi dolor ha sido como un incendio entre las ruinas... He visto mi conciencia... la he visto. Ya sé que no debo ser la que he sido, y estoy decidida á ser otra.

EL CONDE

¡Bendito desengaño, bendita convulsión del alma, que trae el arrepentimiento!

LUCRECIA

Pero el arrepentimiento, lo reconozco, necesita probarse. Por eso digo: «Espere usted y verá...»

EL CONDE, gozoso.

Pues lo veremos... y pronto... Si el arrepentimiento es verdad, nos lo dirán los hechos.

LUCRECIA

Y aguardando confiada los hechos, he querido dar á mi enmienda una sanción soberana, una garantía que asegure mi convicción y la de los demás. (Pausa.) Hoy he confesado con el Padre Maroto.

EL CONDE, gratamente sorprendido.

¡Ah!... ya me dijo la niña que estuvo aquí el Prior... Mas no sospeché...

LUCRECIA

No tenía sosiego, no podía vivir mientras no descargara mi alma de la horrible balumba... ¡Qué alivio, qué consuelo!

EL CONDE

Me da usted una grande alegría... Por de pronto, ¡qué situación tan distinta de aquella... la última vez que hablamos en la Pardina!

LUCRECIA

En efecto, yo he variado radicalmente.

EL CONDE

Yo también.

LUCRECIA

¿Usted? ¡Ah! sí, se ha despejado su razón, y ya no piensa en hacerme las terribles preguntas que en aquella conferencia me hizo.

EL CONDE

Mi razón no ha estado nunca turbada. ¿Y por qué no había de repetir yo en esta ocasión la pregunta que usted llama terrible? Ya no lo es. Su estado de conciencia facilita la respuesta, que sería la confirmación de lo que sospecho, de lo que sé... porque al fin, Lucrecia, he podido descubrir...

LUCRECIA, con serena frialdad.

Hoy no puedo incomodarme, señor Conde.
No abuse usted de que estoy desarmada...

EL CONDE

Incomodarse... ¿por qué?

LUCRECIA

Porque viene usted á remover en mi corazón heces muy amargas, á trastornar de nuevo mi espíritu, queriendo penetrar los misterios más profundos del alma y de la Naturaleza... Eso, señor mío, eso que aun de nosotras mismas quisieramos recatar, porque el pensarlo solo nos avergüenza, eso, á que no doy nombre, porque si lo tiene yo lo ignoro... (con solemnidad) ya lo he dicho á Dios, único á quien debo decirlo... Y crea usted que, para expresarlo, he tenido que violentar mi voluntad de un modo espantoso. Todo el que no sea Dios es un extraño, es un profano, sin derecho ninguno á recibir declaración tan grave. Ni una palabra más. (Pausa.)

EL CONDE, gravemente.

Sea. Ni una palabra más. Reconozco la extrema delicadeza del asunto, y no puedo menos de respetar el sosiego reparador en que hoy se halla su espíritu. No insisto. Ni es justo que la martirice exigiéndole una manifestación dolorosa, toda vez que lo que usted había de decirme... ya lo sé.

LUCRECIA, desconcertada.

¡Que lo sabe!

EL CONDE

Sí. (Pausa. Ambos se miran.)

LUCRECIA

Pues si lo sabe, es más generoso no preguntármelo.

EL CONDE, muy tranquilo.

Es verdad. Á generoso no me gana nadie. Ahora conviene que haga usted alarde de hidalguía, Lucrecia. Si le satisface que crea yo en su arrepentimiento, empiece usted por ser magnánima, aceptando la proposición que voy á hacerle.

LUCRECIA

¡Proposición!

EL CONDE

No he venido á otra cosa. Su conformidad con mi deseo establecerá la concordia inalterable de nuestras almas... En suma, quiero que partamos el bien que Dios nos ha dado: las niñas. Una para usted, la otra para mí.

LUCRECIA, con profunda intención, que disimula.

¡Para usted!... (Pausa.) ¿Cuál?

EL CONDE

Acceda usted á la partición, y después escogeré. ¿A las dos las quiere usted lo mismo?

LUCRECIA

Lo mismo: son mis hijas.

EL CONDE

Yo no puedo decir lo propio: las dos no son mis nietas.

LUCRECIA, con temor.

Otra vez la tremenda interrogación.

EL CONDE

Otra vez, y siempre... Llévase usted á una de las dos, y déjeme á mí la otra, la que yo quiera.

LUCRECIA

¡Dejarla aquí, en poder de usted, y sola con usted! Señor Conde de Albrit, eso es imposible. Además, me hace falta el amor de mis hijas.

EL CONDE, fríamente.

Y á mí el de mi nieta. Tengo derecho á ese consuelo.

LUCRECIA

Hoy es indispensable que las dos estén á mi lado, por muchas razones. No sólo debo atender á su porvenir, sino á la salud de mi alma, á mi corrección, en una palabra. Como las plantas necesitan aire y luz, yo necesito el cariño de esas dos criaturas, que fundiré en un solo cariño.

EL CONDE, vivamente.

No son iguales para usted.

LUCRECIA, con firmeza.

Lo son... Otra vez clava usted los ojos de su alma en lo que para usted será siempre tremendo enigma... Son iguales, y si no lo fuesen, yo haré que lo sean. Por nada de este mundo me separo de ellas.

EL CONDE, con desconsuelo.

¿Y yo...?

LUCRECIA

En ninguna situación será el Conde de Albrit un extraño para mí. Nell y Dolly vendrán conmigo á verle... en la temporadita de verano... y usted, como ahora, á las dos las querrá por igual... por igual. Esa es condición indispensable para la concordia de nuestras almas, de que usted me hablaba. Dejemos el misterio allá, ante Dios que lo ve, y atengámonos á la realidad... convencional, á la realidad de la ley.

EL CONDE, con arranque.

No... ¡Maldita sea la ley...! La Naturaleza...

LUCRECIA

¡La Naturaleza, no... la ley!

EL CONDE, encrespándose.

No, no. Abomino de una ley infame. Quiero á mi nieta; me pertenece, la reclamo; y usted me la dará.

LUCRECIA

Á mí me pertenecen las dos: las he llevado en mi seno.

EL CONDE, con desesperación, clavándose en el cráneo los dedos de ambas manos.

¡Triste de mí! Lucho con la ley, lucho con la madre... contienda imposible...

LUCRECIA, con tesón, levantándose.

Y ni como madre, ni como tutora, puedo acceder á lo que mi padre político pretende.

EL CONDE

¿Será usted capaz de rechazar mi proposición, de desairarme, de negar lo que pide el infortunado Albrit?

LUCRECIA

Con grandísima pena me veo precisada á negarlo. Mis hijas son mis hijas. A ellas les conviene el calor maternal, y á mí el cariño y la presencia continua de entrambas para vivir en paz con Dios, y asegurarme la rectitud de mi alma. La una es mi deber, la otra mi error. Mi conciencia necesita los dos testigos, las dos presencias, para que yo pueda tener siempre entre mis brazos, sobre mi corazón, mis buenas y mis malas acciones.

EL CONDE, atribulado.

Y entre mis brazos y en mi corazón, la soledad, el horrible vacío. (Levantándose, altanero.) No,

no, Lucrecia, no me conformo... Por Dios, no me lance usted á la desesperación.

LUCRECIA

Sea usted razonable.

EL CONDE, suplicante.

Sea usted generosa.

LUCRECIA

Soy madre...

EL CONDE, exaltándose.

Soy abuelo, soy viejo... Necesito familia, amor.

LUCRECIA

En mí y en mis hijas lo tendrá. (Con una idea feliz.) Última palabra: véngase usted con nosotras.

EL CONDE

¡Con usted... con las dos! ¡Nunca!

LUCRECIA

¡Loca obstinación!

EL CONDE, brioso.

Entereza, sentimiento del honor.

LUCRECIA

Demencia.

EL CONDE

Si es demencia, maldita sea la razón.